



AMY GUTMANN

La identidad en democracia

Traducción de Estela Otero, Katz editores, Buenos Aires, 2008, 308 pp. (Identity in democracy, Princeton UP, 2003)

La democracia no es aburrida. Como ha señalado recientemente el sociólogo Wolf Lepenies, el tiempo del aburrimiento se ha terminado. La democracia, y especialmente la democracia constitucional, necesita el esfuerzo consciente y constante del pensamiento: no puede apoyarse en concepciones heredadas ni limitarse sólo a la interpretación, porque tiende por sí misma a la transformación. Al decir que todo está en juego expresamos de una manera muy torpe lo que en realidad queremos decir: que nos tomamos en serio la democracia. En lugar del fin de la historia, nos encontramos con que, una y otra vez, hemos de volver a empezar a pensar en cada una de las ideas con las que dar forma al hecho natural e inevitable de tener que ganarnos la vida juntos.

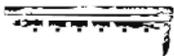
Tener que ganarnos la vida juntos exige algún tipo de acuerdo, porque no podríamos hacerlo por separado. Constitucionalmente no podríamos hacerlo en el doble sentido de la palabra: porque nuestra constitución como seres humanos es intrínsecamente compartida y se proyecta, salvo que seamos insensibles en un plano físico, además de moral, hacia el reconocimiento de nuestros semejantes y hacia la colaboración con ellos, y porque lo es también de una manera regulativa. Ponernos de acuerdo respecto al modo en que podemos ganarnos la vida juntos significa hacer de la

necesidad virtud: la primera virtud política no es, por tanto, la libertad, sino la condición de la libertad. Pero la necesidad puede ser liberal. De hecho, el reconocimiento de nuestros semejantes es tanto una exigencia como una concesión: no podríamos reconocernos en formas degradadas de la humanidad, como no podemos reconocernos en un espejo que deforme nuestra imagen. La pobreza o la indiferencia hacia la pobreza —hacia la incapacidad para hacer frente a la necesidad— nos impiden identificar al ser humano, y se trata de identificar a un ser en concreto como humano. La democracia consiste en identificar a cualquier ser en concreto como humano de una manera absoluta: todos los seres humanos son libres e iguales en derechos. Por debajo de esa identificación radical caben muchas identidades, subordinadas, complementarias y, en la mayoría de los casos, prescindibles, pero por encima de la identificación del ser humano como ser humano no prevalece ninguna otra identidad.

La identificación radical del ser humano como ser humano es una premisa democrática que plantea un problema difícil de resolver, pero no imposible de resolver. Esa identificación es una exigencia absoluta e intransigente: pasarla por alto significaría la destrucción completa de la democracia. Pero la democracia es, por definición, una forma de gobierno. No se trata sólo de que en el seno de las sociedades democráticas perduren formas de vida no democráticas, sino de que no todas las formas de gobierno que existen son democráticas. La exigencia absoluta e intransigente de identificar a todos los seres humanos como libres e iguales en derechos tiene que ser, al mismo tiempo, planteada con moderación. La identidad, de hecho, es el principal problema con el que la democracia tiene que enfrentarse: en su interior, porque no habría democracia sin que los seres humanos pudieran asociarse libremente entre sí y, en el exterior, porque hay regímenes que no son democráticos y que sólo persisten negándose a serlo.

Amy Gutmann, rectora de la Universidad de Pensilvania —uno de los primeros Estados constitucionalmente tolerantes del mundo—, ha escrito un libro aleccionador sobre *La identidad en democracia* que Katz editores acaba de traducir al español. Los cinco años que han transcurrido desde que el libro apareció en inglés no han alterado en lo sustancial el argumento de la autora, que se resume en dos proposiciones fundamentales: primero, que la identidad de las personas en democracia sólo puede ser el resultado de la libre asociación entre ellas y, segundo, que la objeción de conciencia individual no puede ser un fin en sí misma, sino un medio. Gutmann trata de evitar con ello tanto la tiranía de la cultura —en la medida en que los prejuicios y los estereotipos se han concentrado sobre todo en el terreno cultural como fuente de identidad— como la tendencia a la tiranía “que siempre está presente en política” (p. 242), incluso en una democracia cuando se olvida que la obediencia es condicional. El propósito de Gutmann es separar la cultura (o la identidad cultural) de la soberanía política y mantener un tratamiento especial de la conciencia individual en democracia que ya no podrá apoyarse en motivos exclusivamente religiosos. En este terreno, el caso de Henry David Thoreau es ejemplar: “El compromiso ético último de Thoreau —escribe Gutmann— lo hizo oponerse a la ley de ese momento, pero lo puso en armonía con la única interpretación defendible de la Constitución de los Estados Unidos” (p. 238).

Thoreau insistió, precisamente, en que aún teníamos que aprender a ganarnos la vida juntos. A diferencia del trato especial, aunque no el respeto absoluto, que una democracia debe otorgar a la conciencia y sus objeciones, ninguna forma de nacionalismo podría justificar la subordinación de la identidad cultural de los individuos a la soberanía política del grupo al



LIBROS



AMY GUTMANN
La identidad en democracia

que pertenecen. “Las personas libres — escribe Gutmann— tienen múltiples y cambiantes identidades” (p. 272), pero, en última instancia, todas esas identidades múltiples y cambiantes, propias de un ser que se desarrolla en el tiempo y que puede desplazarse por el espacio, se recogen en una identidad ética común. La exigencia que la naturaleza especial de la conciencia individual plantea a los gobiernos democráticos es un medio para contrarrestar la fuerza de las identidades parciales, precisamente porque la conciencia es falible. Al querer vincular la identidad cultural —una lengua, una tierra— a la soberanía política, el nacionalismo querría obtener algo imposible: un gobierno infalible. Pero un gobierno infalible haría la vida aburrida y, en demasiadas ocasiones, mortalmente aburrida, y ya hemos dicho que la democracia no lo es. La democracia es vitalmente divertida porque nos la tomamos en serio.

Antonio Lastra